

recursos de una educación perfecta; os lo diré: tenéis miedo de esos escándalos, por vuestras hijas! Las barreras morales no os bastan ya. Las garantías de la sangre noble y cristiana que habéis vertido en sus venas, no os tranquilizan más que á medias. Necesitáis todavía una salvaguardia exterior, una vigilancia material. Estimáis como una grave inconveniencia, como un peligro, el hecho sólo, en apariencia muy indiferente, de dejarlas salir solas de sus casas á la calle. ¿Por qué? Porque el mal, bajo toda forma, las espía, á cada paso de nuestra civilización.

¡Pensad pues, por favor, arte las lágrimas de la pobre saboyana que se ha dejado seducir, pensad en que estaba sola; que nadie estaba á su lado para salvarla de los escollos! El placer es para vosotras un peligro porque sois de carne y ésta siempre está ávida de placeres. Esas desdichadas tienen, como vosotras, sed de goces, y además, tienen hambre. Todas las sugerencias externas que ponen, como os consta, en peligro á vuestras propias almas, obran igualmente sobre el espíritu de esas desdichadas, cuyas pasiones están además agujoneadas por la miseria.

Demasiado comprendéis que las tentaciones son para ellas tanto más poderosas, cuanto que tienen que sufrir más por las exigencias de la virtud.

Bien sabéis cuán cara les cuesta la honestidad, cuando el placer les promete, no solamente la satisfacción de los sentidos, sino la abundancia de lo necesario para la vida. La civilización moderna ha puesto bajo sus ojos las provocaciones al placer, las más directas y las más universales. Antiguamente

cierta dosis de corrupción, cierta clase de descarríos graves parecían ser la herencia solamente de los grandes y de los ricos. La corrupción literaria, artística y mundana, era privilegio únicamente de la aristocracia. Actualmente que el pueblo es rey, lo es sobre todo para usar de su omnipotencia para corromperse y para probar todos los venenos. La revolución ha puesto á los piés de los pequeños, ó mas bien al alcance de sus manos, todas las satisfacciones inmorales. Todos los placeres son hoy baratos, todos los desórdenes se han hecho fáciles de cometerse.

El tentador transporta entonces al pináculo de ese abominable progreso, las almas deslumbradas de esas desgraciadas jóvenes que quiere perder. Les muestra el aparato fastuoso y sensual del placer y murmura en sus oídos éstas palabras:—"Todo eso te daré si caes, "si adoras con adoración infame"—*si cadens adoraveris*. Te quejas de no encontrar en el aspérrimo camino de tu existencia, mas que espinas y abrojos que "te desgarran los piés; te mueres de hambre sobre el "suelo ingrato de tu condición social; te mueres de "hambre en ese estéril campo regado con tu sudor... "No tienes más que decir una palabra, y esas piedras "se te convertirán en pan: el pan de la abundancia y "de los placeres: *¡Dic ut lapides isti panis fiant!* ¡Bah! "tienes la belleza, posees la juventud, puedes tener "amor, es decir, volverte una hija del cielo! Arrójate "pues en el vertiginoso abismo donde todas las embriagueces divinas te esperan! *¡mitte te deorsum!*"

Sé, hermanos míos, que aquellas á las que la seducción dirige esas palabras, son la carne misma de Jesucristo, y que, por tanto, tienen ángeles que las cuiden y las sirvan. Pero también sé que la víspera de su pasión, el Cristo agonizante con los ojos velados por el sudor y la sangre que corrían de su frente, murmuró con la muerte en el alma estas palabras tristísimas: «El espíritu está pronto; pero la carne es flaca.

* * *

Me queda por hablar del poder del mundo. El mundo tiene un poder que sobrepuja á toda otra potencia y que solo Dios es capaz de dominar. Ese poder se llama: la *opinión*. San Pablo ha hablado de la potencia del aire, «*potestas aeris*» porque nada es tan universal, tan invencible, inevitable, enérgico, terrible ó fecundo, y tan invasor como el aire. Los vientos impetuosos del invierno arrancan de cuajo los encinos, hienden las rocas; las brisas primaverales abren la tierra y bajo sus caricias la obligan á producir flores; las nubes y el océano, la muerte y la vida están en las manos del viento. No se puede encontrar en la tierra una imagen más exacta de la omnipotencia de la opinión. Con la opinión impone su voluntad el mundo á todas las majestades de la tierra. Se puede decir de la opinión, lo que Bossuet decía tan pomposamente de la soberanía de Dios: "Eleva los tronos, los destruye; se glorifica de imponer la ley á los reyes y de darles, cuando le place, grandes y terribles lecciones."

Es más fuerte que el honor y la moral, puesto que

tiene el poder de llamar bien al mal y mal al bien. Y en la tremenda lucha del cielo y del infierno, éste no tiene fuerza más irreductible que oponer á las voluntades condicionales de Dios; Dios lucha teniendo con El á la verdad, la gracia, la caridad, la conciencia humana, la Iglesia, la moral: Satanás, combate teniendo consigo la opinión.

Mas entonces, el mundo, que tanta responsabilidad tiene en la caída de las Samaritanas, ¿acudirá al menos á socorrerlas, á consolarlas y á indemnizarlas de su falta por medio de la opinión?

Porque, en fin, no solamente las ha desmoralizado, debilitado y perdido; no solamente les ha arrebatado todo goce honesto, todo testimonio de buena conciencia, toda confianza de parte de los que no la otorgan más que á la virtud; sino que ha destruido abominablemente los más ideales sueños de sus almas y metamorfoseado por modo infame lo que Dios y la naturaleza habían puesto de más noble y más dulce en sus corazones. Ese sentimiento adámico, esa embriaguez humana, de la que el Padre Celestial quiso hacer el objeto de un sacramento, el mundo, con sus perfidias, lo ha hecho lo que hay de más horrible y monstruoso: un pecado. Ese sentimiento de la fecundidad que hasta en las repulsiones que preparan la maternidad y los dolores que la terminan es al mismo tiempo la gloria y la alegría de toda hija de Eva, lo ha tornado por el pecado en una humillación y una desesperación. Aún ese sentimiento materno, que se llama la abnegación y el sacrificio por el hijo y que nos hace tan dulces las sonrisas de nuestras madres, lo ha he-

cho primero el terror por el hijo que se anuncia y luego el odio loco y mortal por el niño que va á nacer!

Digámoslo una vez más: para rescatar tantas ruinas, para compensar semejantes desastres, el mundo, que es tan poderoso, que tiene el extraño poder de deshonrar á la virtud y de glorificar á la infamia ¿qué hace en ese caso?

¡Ah, hermanos míos! he aquí donde se revela la ignominia del mundo; he aquí el punto donde es preciso cubrirlo de anatemas; he aquí el momento en que el fuego del cielo debería de descender, si ese fuego bajara todavía!

¡El mundo es implacable para con esas desdichadas que él mismo corrompió y despedazó! ¡El mundo no tiene entrañas! ¡el mundo no tiene pudor! Se burla de sus víctimas, las arroja fuera de todo asilo honrado ó supuesto tal, las entrega al hambre, las impele con todas sus fuerzas al doble asesinato: el que sacrificará la carne apenas formada del niño y le dará por sepultura, en lugar de la pequeña tumba florida del cementerio, los lirios revueltos del arroyo; y el asesinato sobrenatural que arrojará á la pequeña alma sin bautizar á las incertidumbres del destierro eterno!

Las hunde en el abismo de la infamia donde las arroja el abismo de la desesperación! Como último recurso no tiene más que este cruel dilema que ofrecerlas: una miseria más grande ó mayor deshonra. Les dá á escoger entre el suicidio material y el suicidio moral. Tiene para ellas dos sitios á escoger, el uno la sala donde se exponen los cadáveres desconocidos ó las filas del batallón del vicio. Repite con brutal acento por

esta vez, las palabras con que las sedujo: "*Mitte te deorsum!*" ¡Arrójate hácia abajo!—"¡Hay dos corrientes—les dice—que atraviesan la gran ciudad: las dos te recibirán y arrastrarán los restos de lo que fué tu "belleza, tu honor y tu vida, en sus ondas complacientes: lánzate en una de esas dos corrientes: una es el "río y la otra el arroyo!"

* * *

Vosotros, hermanos míos, no sois del mundo. Combatís contra las iniquidades sociales; protestáis contra los escándalos de la civilización; os rebeláis contra los abominables veredictos de ese poder que se llama "la opinión pública," la opinión estulta y pagana de las gentes sin corazón y sin fé!

Seguramente no sois indulgentes para con el vicio, porque sabéis lo que vale la virtud; pero sois misericordiosos para con los caídos, porque también sabéis lo que valen las almas.

No permita Dios que parezcamos sostener la causa del pecado porque abogamos aquí por las circunstancias atenuantes de las víctimas que aquél ha hecho. Bastante inclinado es el mundo á tratar con indulgencia al pecado de la carne, para que prestemos al fatal imperio de éste, el auxilio de nuestra indulgencia y de nuestra caridad. A medida que la sociedad se olvida del Evangelio y ultraja más y más con su indiferencia y sus blasfemias al Hijo inmaculado de la Virgen María, se rebaja más y más en sus adoraciones, cada

vez más inmundas, ante la divinidad del placer.—¿Qué digo?—acepta, con una sonrisa de esclavo, las más abyectas deshonras! Ha imitado á aquel emperador pagano que hizo levantar estatuas á Adónis y á Venus sobre el pesebre de Belem y sobre el Calvario! Esto es por lo que nos creemos más obligados que nunca á honrar á la virtud, á venerar á aquellas que luchan por conservar la pureza de su vida; á las que por su dignidad y honor de vírgenes saben morir de hambre y de frío: no las olvidemos á esas, en nuestra admiración; y nos consideramos felices y nos consolamos al pensar que allá en lo alto, Dios les reserva deslumbradoras coronas. Mas, repitémoslo: también sabemos que la piedad y la misericordia tienen sus coronas y que las coronas de la misericordia están hechas por el arrepentimiento!

Y por esto es, Señoras, por lo que os habéis dejado arrastrar por la piedad, y que hoy apeláis á la caridad de todos los cristianos.

¡Ah, y qué obra tan hermosa es ésta, para la que habéis sido convocadas!

Esta obra está destinada á salvar los cuerpos, á salvar las almas, á salvar las costumbres.

¿No véis que todo lo que es humanitario y generoso en el mundo, se preocupa de las miserias materiales, cualesquiera que sea su número, y no se cansa jamás de aliviarlas?

Vosotras en particular, Señoras, vosotras las damas francesas ¿habéis visto un espectáculo más hermoso que el que presentaron esas hijas de la Francia que se marchaban hace veintitres años á los campos de

batalla para recoger á los heridos y á los moribundos, preservar de las balas enemigas lo que les quedaba á éstos de vida, restañar su sangre, calmar su fiebre y salvarlos, por medio de los más tiernos y maternales cuidados, de las crueldades de la guerra y de la gangrena de las ambulancias?

Pues bien, hay otras batallas diferentes de esas donde brillan las espadas y silban las bombas. Hay los combates de la vida, con sus heridos, sus mutilados, sus contaminados y sus agonizantes. En esos campos de lucha, ninguna miseria, ningún dolor es comparable con los de esas pobres mujeres que están heridas á la vez en sus cuerpos y en sus almas!

¡Ah! ¿quién las recogerá del campo del mundo?...

La «obra de las Samaritanas» salva las almas. No tengo que deciros, porque sois de las que saben llorar á los piés del Crucifijo, lo que valen las almas. Baste que os haga observar que en parte alguna se os presentarán jamás las almas á vuestros ojos bajo un aspecto más conmovedor y en condiciones más propicias para salvarlas. Mirad á esa jóven: tiene vergüenza, se enrojece! Un dolor intenso la tortura; el arrepentimiento la destroza el corazón. Ha caído; está hundida, ya lo sabe. Llora. A la más misericordiosa de las autoridades, la de su padre; á la más indulgente de las ternuras, la de su madre, no osa afrontarlas! Todo cuanto embriaga á una mujer, la maternidad y el amor, le ha causado la muerte, la ha arrojado, pisoteada y adolorida, á los piés de los transeuntes. ¿No es esto, hermanos míos, no es esto lo que el profeta llamaba llorando: *cor contritum et humiliatum*? un co-

razón contrito y humillado? ¿No es esto lo que Dios mismo jamás ha despreciado? ¹

¿No es esa una de tantas miserias humanas, que tanto movieron á piedad el corazón de Jesús, que quiso morir para curarnos de ellas? Y si esto es así ¿porqué vosotras también nõ os sentiríais movidas por la más profunda y la más generosa de las conmiseraciones?

Un día, vuestras almas pedirán á Dios misericordia por vuestras debilidades. Un día llegará en que cada uno de nosotros recordará al Juez de vivos y muertos las palabras que este mismo Juez en otros tiempos inspiró á su profeta: «¡Eres una pobrecilla, combatida por «la tempestad, abandonada de todos! . . . » ² «¡Dios «te ha llamado, como á la mujer abandonada, al alma «en duelo, á la esposa rechazada desde su adolescencia! . . . » ³ «¡Pobre niña cuya embriaguéz fué más «terrible que la del vino! . . . » ⁴ ¡Recordaremos á Dios, hermanos míos, esas palabras de misericordia. Escuchádlas, pues, hoy, y tened compasión de aquellas en cuyo nombre os son dirigidas á vosotros mismos!

Y no sólo tendréis el consuelo de salvar las almas, sino también el de salvar las costumbres.

¿Quién hay que no desée la gloria y la grandeza de la pátria? Sabedlo, pues, hermanos míos, las malas costumbres son más funestas á las naciones, que los estragos de las armas y la incertidumbre de las batallas. El vicio hará siempre mayores estragos en la carne viva de los pueblos que los cañones de los enemigos.

¹ Ps. L. 19.

² Isai; LIV, 11.

³ Id. id. 10.

⁴ Ibid; id., 6.

A vosotros, en los que palpita y se agita una parte del espíritu nacional; á vosotros, los hijos de los caballeros, á vosotros, los descendientes de Juana de Arco, os digo: "¡Trabajad, pues, por la salvación de la pátria!" Lo podéis hacer eficazmente con esas almas en las cuales no está perdida toda esperanza de reacción moral.

Es una mujer perfectamente cristiana y que se encontraría en primera fila entre las socias de la obra de la Samaritana, si viniese, la que dijo: "La seducción no es la corrupción y los corazones que solo están seducidos, no están nunca muy léjos de volver «á la virtud.»" ¹ Dirijíos á esos corazones seducidos. Arrebatadlos de las falanges del vicio. Son la imágen, si nõ la substancia de la Francia que queréis salvar: ésta no ha estado nunca y no será nunca mas que seducida: no es una nación corrompida. Sobre todo, no os dejéis desalentar por esa idea de que no salvaréis mas que algunas almas, lo cual es bien poco en una nación tan grande como la nuestra. No digais: «entre «treinta y seis millones de habitantes ¿qué significa «una pobre muchacha?» Por poco que sea de lo que se trate, hermanos míos, ya sea una piedra de nuestras fortalezas, una pulgada de nuestro territorio ó una partícula de la moral, siempre es una obra grande y patriótica dar la vida por salvar lo que esté en nuestra posibilidad. Además, no es vuestra vida lo que se os pide ahora, sino nada más que el óbolo de vuestra caridad.

¹ Mad., Swetchine.

Finalmente, puesto que la obra de la Samaritana es la de algunas nobles mujeres de ésta ciudad, séame permitido dirigirme particularmente á las damas lyonesas y decirles: el Evangelio tomó bajo su protección á las mujeres pecadoras que humillan la frente y se arrepienten, con palabras para siempre inolvidables. Está escrito en efecto: "*¡El que se encuentre sin pecado tire sobre ella la primera piedra!*"

Nunca se ha tratado, Señoras, en vuestros corazones tan puros como cristianos de arrojar piedras á las víctimas del mal. Pero no os conforméis con solo eso. Que aquella de entre vosotras que haya amado legítimamente y que ha gozado de las dichas del corazón, recuerde que los mismos atractivos la misma sed de goces, han cubierto de oprobio y de dolor á esas infelices cuyo error fué el buscar esos goces fuera del deber; que aquellas de entre vosotras que ha sentido la dicha y el orgullo que causan á las almas de las hijas de Adán las primeras señales de la fecundidad, tenga compasión de las mujeres que han maldecido y llorado el fruto de sus entrañas; que aquellas de entre vosotras que goce; al cubrir con sus dulces miradas y caricias á los pequeños seres amados, á los que dió la vida, se conduele de la suerte de la jóven culpable, condenada á ver en su propio hijo, un especie de castigo y de viviente vergüenza. Que aquella de entre vosotras, en fin, que creen en las palabras de misericordia del Maestro, que odian el farisaismo del mundo; las que quieren luchar contra la corriente cenagosa y arrancarle las víctimas que se rebelan contra la desesperación y aspiran aún á la virtud;

que esas arrojen las primeras monedas de oro; que den sus nombres á nuestra admirable obra; que esas, sobre todo, presten el auxilio de su cooperación y la caridad de sus corazones.

Y serán bendecidas por Aquel que sufrió la flajelación y la crucifixión á fin de tener el derecho de ser misericordioso para con las debilidades de la carne.

FIN